

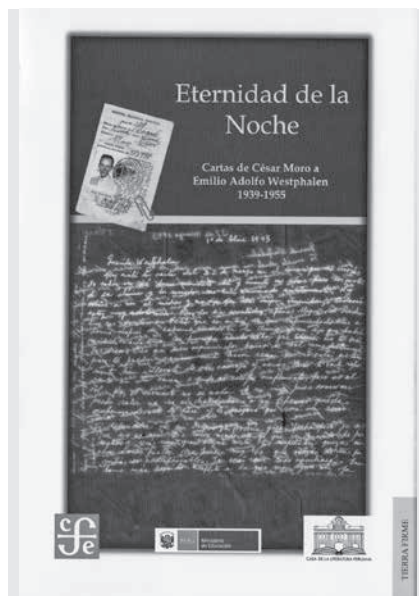
# Amor y muerte en la eternidad de la noche

KATHERINE MEDINA RONDÓN

César Moro y Emilio Adolfo Westphalen, dos poetas destacados de la literatura peruana, entablan una amistad intelectual y fraterna que persiste hasta los últimos días del primero, según la evidencia unilateral que presenta el volumen *Eternidad de la Noche*: las cartas enviadas por Moro desde México, lugar de su exilio, a Westphalen en Lima, y posteriormente las que envía desde Lima a Nueva York, tras su retorno al seno materno y la partida de Westphalen a Estados Unidos, país que tanto desdén causaba en Moro.

Como señala Patrizia Violi (1987)<sup>1</sup> la escritura epistolar, implica dos aspectos fundamentales: a) la secuencia interaccional y b) que se trata de una comunicación que intenta generar una conversación; sin embargo, la carta a diferencia de la comunicación oral es un diálogo diferido que tiene lugar en la ausencia de los interlocutores y que, indudablemente, revela mucho más que su contenido por el solo acto de haber sido escrita. En el caso de la *Eternidad de la Noche* la secuencia interaccional se encuentra fragmentada puesto que solo contamos con las misivas de Moro y debemos deducir de la siguiente misiva que escribe lo que Westphalen pudo haber contestado; cabe recordar, en este punto, que la correspondencia inscribe en su interior no solo al autor sino también al destinatario ausente. La correspondencia per se, está inscrita en la presencia-ausencia, y en el caso de *Eternidad de la Noche* existirá una doble ausencia que nos alejará cada vez más de la conversación.

Inés Westphalen señala en el prólogo de la edición —y que vale la pena destacar— que dos tercios de las cartas estuvieron escritas en francés. Westphalen desliza dos interrogantes de manera retórica: la primera, que la correspondencia de Moro enviada a Emilio A. Westphalen fue escrita en francés para evadir la censura de la época; la segunda, que trataba de introducirlo con el lenguaje a una nueva realidad. En este punto, me



## Eternidad de la Noche. Cartas de César Moro a Emilio Adolfo Westphalen 1939-1955

Traducción, compilación y notas de Inés Westphalen  
Fondo de Cultura Económica,  
Casa de la Literatura Peruana  
Lima, 2020  
550 pp.

permite señalar que, al hacerlo, intentaba Moro vestir a Westphalen de surrealismo incluso con el lenguaje; pues el movimiento surge en Francia de la mano de Breton, a quien se menciona con frecuencia en las cartas.

Más allá de las referencias a otros personajes significativos y la adherencia de ambos escritores al surrealismo, del cual Moro se desencanta posteriormente por cuestiones políticas, quiero resaltar el carácter humano de las cartas y el motivo de la permanencia de Moro en México, a pesar de las dificultades psíquicas y económicas que a todas luces saltan en su escritura. ¿Cuál era el impulso de Moro para resistir aquellas dificultades? ¿Qué lo ataba a México y a esa maquiada decadencia que no era paleada ni por los cheques enviados por Westphalen? Es difícil de asimilar en una época como la

de hoy que la respuesta sea simplemente el amor. Pues, Moro tenía dos estados de ánimo latentes, dos pensamientos que rondaban en su cotidianidad y que eran el motor de su escritura: amor y muerte. Era el primero lo que evitaba el segundo y prolongaba esa agonía, el motor de su pluma y vida: “Amo y a eso se reduce mi vida: supeditado como estoy a una palabra, que quizás no me corresponda, una palabra que interpreto y retuerzo en todos los sentidos” (33).

El 26 de julio de 1939 Moro escribe a Westphalen que, según un sabio mexicano, al día siguiente el mundo acabará; es la actitud de Moro frente a la supuesta muerte la confirmación de mi hipótesis: “De seguro que un deseo bien egoísta de que el mundo se acabe lo invade a uno, siempre y cuando esté muy cerquita de aquel ser amado por encima de todos” (40-41). Eros y Tánatos abrazados juntos en la palabra, en los 49 kilos de Moro, en su pequeño y frágil cuerpo en el que solo existía A.; si bien es cierto que Antonio no fue su único amante, era el ser que invadía sus días y que se alojaba en sus entrañas y en sus visiones. Un hecho anecdótico es la descripción que Moro hace utilizando un símil entre un pez negro y su amor; y, ante ello, la despiadada forma de Westphalen de eludir que Moro hablaba de Antonio, de su amor, de su piel, del color negro del pez y de sus ojos, haciendo una comparación con las facciones de su amado.

En la última carta, del 3 de noviembre de 1955, Moro habla tangencialmente de su enfermedad. Tal vez Westphalen no pudo predecir que esta sería la última carta y que el 10 de enero del 1956 Moro partiría de este mundo con su corazón-Cretina<sup>2</sup>, sus cactus y su voz.

1 “La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar”. En *Revista de Occidente*. Nro. 68, 1987, pp. 87-99.

2 Moro tenía en México una tortuga a la que llamaba “Cretina” que era el emblema de su amor. Este detalle también nos permite comprender en el poema “Amo el amor” el verso “Antonio Cretina César” que se refiere en una sola línea al amado, al amor y al amante reunidos (Coyné, A., “Moro: una edición y varias discrepancias”, en *Hueso Húmero*. Nro. 10, Lima, 1981, pp. 148-170).